

# SEGMENTO

## Elementos para una antropología del Amor

POR DR. JOAQUÍN NAVARRO-VALLS,  
DIRECTOR DE LA SALA DE PRENSA  
DE LA SANTA SEDE



**M**UCHOS TRABAJOS sobre la familia comienzan hoy por sentar dos presupuestos básicos. El primero afirma que la familia está en crisis. El segundo, que esa crisis es la consecuencia de una masiva agresión social contra la institución familiar. Es posible que ambos presupuestos sean verdaderos. Como todos los hemos oído ya muchas veces, les evitaré oírlos hoy de nuevo. Entre otras razones, porque creo que comenzar por ahí una consideración sobre la familia no lleva muy lejos.

Ninguna de esas afirmaciones a las que me refiero se interrogan sobre un hecho que, por otra parte, parece evidente: la crisis de la familia, cuando existe, es en el fondo una crisis en las relaciones hombre-mujer. Por eso, es utópico buscar soluciones estructurales a una crisis que, cuando existe, es humana. Lo que el realismo aconseja en estos casos es volver a interrogar el ser humano para descubrir, en él mismo, la respuesta a sus temas y problemas.

## EL DESCUBRIMIENTO DE LA PERSONA

En la relación hombre-mujer hay un concepto clave. Ese concepto es el de amor. Pienso que la consideración del amor humano ha de ser muy realista y muy poco utópica. Y la pregunta más realista en este tema es la de: ¿para qué amo yo a otra persona?

La respuesta inmediata a aquella pregunta no puede ser otra que la de : amo a otra persona para ser yo mismo. El hombre ama a la mujer - y mas concretamente a esta mujer - para poder ser el hombre que es. Y la mujer ama a este hombre precisamente para ser la mujer que es. De ahí que el amor descubra siempre, a la vez y simultáneamente, una precariedad y una riqueza. La precariedad es aquella carencia, aquel vacío del ser humano que sólo se puede llenar con la presencia de la persona a quien se ama y que a su vez es percibida como una riqueza. Es por esto que una de las primeras experiencias del amor es la de la perfección, la de haber recuperado una integridad que faltaba y de la que no se era del todo consciente hasta que la necesidad del otro la puso de manifiesto. Parece como si en cada bio-

grafía amorosa se repitiera aquella experiencia de Adán cuando, fascinado, descubre por vez primera a Eva y en el lenguaje semítico de la narración expresa su admiración con las palabras: “Ésta si que es hueso de mis huesos y carne de mi carne”. La posesión de todo lo creado no pudo aliviar su carencia. Sólo Eva lo hizo ser él mismo en su integridad. Precisamente por el valor de riqueza que es remedio para mi precariedad, la novedad que el amor trae es la posibilidad de ser yo mismo.

## I

En el amor humano aparece en el modo más rico y luminoso posible el hecho de que la medida de mi Yo la da el Tu que reconozco en el otro. Diría que en el instante mismo en que el amor nace, el ser humano hace un descubrimiento enorme: que el mundo no está hecho sólo de cosas, sino que el mundo es, sobre todo, el escenario de la persona. El amor es una de aquellas situaciones en las que el ser humano descubre en toda su riqueza lo que una persona es.

La maduración del ser humano incluye necesariamente superar el mundo de las cosas y entrar en el mundo de las personas. El reino de las cosas es el reino de la utilidad. Las cosas se utilizan, se usan, están a mi disposición. Puedo manejarlas, ponerlas al servicio de mis propósitos y hasta de mis caprichos. El reino de las personas, por el contrario, es el reino de la comunión. Las personas se respetan. No las uso, no están a mi disposición. No puedo manejarlas ni ponerlas al servicio de mis propósitos y menos aún de mis caprichos. Mido a las cosas en relación con su utilidad para mi

vida. Las personas, por el contrario, me dan mi medida con su presencia. El Yo descubre las cosas. Con las personas el Yo se descubre a sí mismo. Las cosas tienen un precio; las personas no tienen precio porque son un valor en sí mismas. Las cosas tienen un provecho. Las personas tienen una dignidad.

El espíritu de nuestro tiempo es particularmente utilitario. Nos ha habituado de tal forma a tratar con las cosas que se corre el riesgo de que se con funda a las personas con las cosas. Enteras áreas del saber - como la economía por ejemplo - funcionan sobre el concepto de cosa. Y cuando, con espíritu utilitarista, se abordan los problemas humanos, se adopta la actitud del “mecánico” - experto en cosas - cuyo interés y habilidad se mueven en el ámbito de lo instrumental.

De algún modo ese utilitarismo afecta también a la relación hombre-mujer. El drama es que manteniéndose en el reino de las cosas se convierte a la persona en objeto. El amor, por el contrario, ve en el Tu el valor de la persona.

El primer error de perspectiva en la relación hombre-mujer es pensar que el amor pueda darse mientras el Yo y el Tu se reconocen como simples fragmentos de la especie: cuerpos, sensibilidad, emociones ; cosas en definitiva. Por ese camino, sin duda, puede establecerse una relación humana. Pero es una relación de clase distinta: es relación de dominio, de posesión, de utilización; es decir, un tipo de pacto que sigue el esquema de las relaciones sujeto-objeto o el de las relaciones entre patrón y siervo.

El amor, por el contrario, descubre una verdad insospechada. ¿Qué tipo

# SEGMENTO

de verdad? La verdad que una persona es. Antes de que el amor nazca, el hombre o la mujer se sienten llamados, atraídos por las cualidades exteriores o del carácter con que la otra persona se presenta. Pero cuando el amor nace, lo que se ve es la persona en cuanto tal, su verdad; aquel bien inefable que es aquella persona en concreto y no simplemente el bien exterior - las cualidades - que aquella persona tiene como dato exterior. La simple y popular expresión de que el amor es ciego parece referirse a lo que digo: cuando se ha desvelado la verdad de la persona, el dato exterior, las cualidades exteriores, pierden parte de su importancia. Lo que fascina, lo que funda el amor verdadero, es la realidad personal que hay detrás de los rasgos aparentes. Frente a la verdad de lo que esta persona es, su apariencia exterior representa el valor de un anuncio del Tu: el único de quien de verdad merece la pena enamorarse.

### **CAMBIAR PARA UN FUTURO.**

Quien comienza a amar -hombre o mujer- sabe -o mejor intuye- que su vida no será igual que antes de enamorarse porque la primera característica del amor humano es que cambia al Yo que ama y al Tu que responde a ese amor. Y lo cambia no en la superficie epidérmica de la sensibilidad sino en lo profundo de su ser, es decir, en el proyecto de su misma vida. Cuando se acepta el amor a este otro ser concreto de quien se está enamorando, el ser humano dice “sí” al hecho de que aquella otra persona pase ya a ser parte inseparable de su modo de estar en el mundo, de su proyecto vital. El Tu que se ama entra ya a ser parte del Yo: el amor sólo ocurre cuan-

**“...LA CRISIS DE LA FAMILIA, CUANDO EXISTE, ES EN EL FONDO UNA CRISIS EN LAS RELACIONES HOMBRE-MUJER. POR ESO, ES UTÓPICO BUSCAR SOLUCIONES ESTRUCTURALES A UNA CRISIS QUE, CUANDO EXISTE, ES HUMANA. LO QUE EL REALISMO ACONSEJA EN ESTOS CASOS ES VOLVER A INTERROGAR EL SER HUMANO PARA DESCUBRIR, EN ÉL MISMO, LA RESPUESTA A SUS TEMAS Y PROBLEMAS.”**

do el Tu se convierte en mi Tu. Por eso, el amor me hace descubrir que yo no era en la vida quien tenía que ser hasta que conocí y amé a aquella persona, única e insustituible, que me enriquece, cambiándome, para hacerme quien yo tenía que ser en la vida.

Esto explica la turbación que acompaña inicialmente al amor porque lo que el amor anuncia es un futuro en el que no podré ya más jugar el juego adolescente de ser eternamente “disponible”; de estar en el mundo como una mera posibilidad: como promesa en vez de como realidad. El amor por el contrario da norte a la vida de quien ama, la orienta, le da una dirección precisa entre todas las que aquella vida podía tomar. O en otras palabras, le da un futuro.

De ahí el elemento de turbación que a menudo acompaña al amor porque el hombre y la mujer descubren que ambos han de cambiar, o mejor, que abrirse al amor es dejar que la presen-

cia del otro lo cambie. Y el cambio supone a menudo superar la indolencia de la costumbre, la inercia de lo habitual o cualquier forma de egocentrismo en donde el Yo ocupa el centro del propio interés y atención.

Cuando el ser humano quiere una cosa, tiende a apropiarse de ella. Distinto es el movimiento del amor: cuando el ser humano quiere a una persona, no desea apropiarse de ella, ni poseerla, ni diluirla en sí mismo. Quiere sólo ser amado por aquel Tu sin que el Tu deje de ser lo que es, puesto que, en definitiva, amar es coincidir en la diferencia de personas.

En efecto, si percibo una cosa y llevo a quererla - una obra de arte por ejemplo - puedo apasionarme por ella pero aquella cosa no responde interesándose por mí: no me percibe; no me reconoce; permanece muda. Puedo integrarla en mi vida y entonces digo que aquella cosa es mía .

# SEGMENTO

# SEGMENTO

El objetivo del amor es distinto: puedo querer como Mía a una persona sólo en la medida en que sigue siendo un Tu. Lo que se ama en la persona amada es aquel Otro que es distinto de mi y que deberá siempre conservar su personalidad, es decir su diferencia de mi. El Yo no absorbe al Tu. El amor de uno no anula al otro: esto sería posesión, apropiación y, en definitiva, destrucción del Tu. El amor hace del otro Mi Tu: el Yo y el Tu se encuentran en el Nosotros. Y este tránsito sólo se puede verificar si dejo que la presencia del otro me cambie arrancándome de aquella soledad existencial en que el Yo se encontraba antes de enamorarse.

Es preciso convencerse que aceptar el bien que una persona es exige una cierta adaptación a ella. Hay un modo irresponsable de aceptar los bienes y es aceptarlos como cosas que se nos dan o que encuentro en mi vida y no como dones que se me envían. El bien que producen las cosas no cambia al ser humano más que añadiéndole algo en su superficie. Con el don de una persona que se ama, el Yo se enriquece en su misma raíz. Y es una riqueza de tal proporción que la única respuesta adecuada es la de sentirse responsable de ella es decir, estar dispuesto a cambiar de acuerdo con el valor de aquel don personal que ha entrado en mi vida.

La relación hombre mujer se hace problemática si el movimiento de aceptación del otro se encuentra con la negativa a dejarse cambiar por su presencia. El amor es irresponsable si la aceptación del don que es el otro se recibe con la actitud de quien acepta una cosa, que es siempre inerte por cuanto valiosa sea. Si no estoy dispuesto a cambiar sería mejor no aventurarse en el amor.

La vitalidad transformadora del amor humano introduce el tema de la paternidad y la maternidad. El futuro que la relación con el Tu me trae, está abierto al misterio de una nueva vida y los cambios que el amor reclama incluyen aquella maduración del hombre y de la mujer que se da en la paternidad y en la maternidad. Sólo desde esa perspectiva el hijo aparece no tanto como una elección -en el fondo, sólo se eligen las cosas, no las personas- sino como un fruto: es decir, la maduración del mismo amor; aquello que el amor es capaz de crear con la donación del Tu y el Yo. La paternidad-maternidad es el núcleo organizador de la familia: si el hombre y la mujer no crecen hasta la aceptación de los hijos, la familia misma cesa de ser lo que es. Es más, retorna a aquella fase en la relación hombre-mujer en la que un Yo y un Tu se clausuran en sí mismos, en una forma de voluntario aislamiento y soledad que obstruye el confluir en un nosotros rico y fructuoso.

Naturalmente, el último pensamiento de quien concibe así el amor es que pueda ser provisional. La primera resistencia a cambiar es la de negarse a aceptar el amor como algo definitivo. Hay un algo a la vez trágico y cómico en el esfuerzo que a veces se hace para considerar el amor como algo interino. En realidad, provisionalidad y amor se excluyen mutuamente. El amor humano es una de aquellas pocas realidades que se anuncian siempre con el tono de la estabilidad y la permanencia. Y esto es quizá lo que turba más a un tipo de pensamiento que ha sido educado en el horror a la idea del “para siempre”.

Nada asusta tanto a la mentalidad contemporánea como la palabra “de-

finitivo”. La idea misma de definitivo parece a la sensibilidad actual como un insulto a la libertad humana. Y esto porque es bastante popular la idea de que libertad es principalmente la posibilidad de elegir. No podemos ahora adentrarnos muy lejos en el tema de la libertad pero vale la pena recordar que la esencia de la libertad no es la posibilidad de decidir sino el acto mismo con el que se decide.

El amor humano implica siempre un acto de la voluntad. Mientras percibir un valor en otra persona es un acto pasivo, la respuesta a ese valor, a la llamada que representa percibir ese valor, exige la voluntad. Por eso el amor humano no es nunca simplemente una contemplación estética o sentimental. Ni una relación profunda hombre-mujer se parece a la actitud de quien visita un museo o colección de cosas bellas. Para cristalizar, el amor exige la movilización de aquellos recursos humanos por los que el alma se compromete decisivamente con otra persona. “El amor - dice un autor contemporáneo - puede manifestarse plenamente cuando deja de ser solamente “pathos” que nace del halago de la sensibilidad para hacerse acto de la libertad. Sólo si el amor es voluntad de amar se hace posible la fidelidad”.

Cuando el hombre y la mujer constituyen una familia más que dar forma a una institución social están ejerciendo el poder de sus voluntades en un compromiso mutuo que funda a partir del Yo y del Tu un nosotros en el que no hay lugar para el “mientras dura”. La utopía frecuente es llamar amor a una decisión que no decide; a una decisión que se deja abiertas todas las puertas, y a un compromiso que no compromete puesto que se

**LA PATERNIDAD-MATERNIDAD  
ES EL NÚCLEO ORGANIZADOR DE LA FAMILIA:  
SI EL HOMBRE Y LA MUJER NO CRECEN HASTA LA ACEPTACIÓN DE LOS  
HIJOS, LA FAMILIA MISMA CESA DE SER LO QUE ES.  
ES MÁS, RETORNA A AQUELLA FASE EN LA RELACIÓN HOMBRE-MUJER  
EN LA QUE UN YO Y UN TU SE CLAUSURAN EN SÍ MISMOS,  
EN UNA FORMA DE VOLUNTARIO AISLAMIENTO Y SOLEDAD  
QUE OBSTRUYE EL CONFLUIR EN UN NOSOTROS RICO Y FRUCTUOSO.**

permanece en la ambigüedad de pretender amar sin dejar que esa otra persona a quien amo se integre definitivamente en el proyecto de mi vida cambiándolo desde sus fundamentos. Parece como si el amor fuera el único campo en donde el “sí” significa “siempre”.

La relación amorosa hombre-mujer ha heredado de una cultura sentimentalmente relativista la larva de la inseguridad. Con ella, esa relación se empantana, no progresa, permanece inmadura, adolescente, irresponsable. Y cuando sobre una relación así se funda un pacto familiar todas esas características pasan a la familia que nace ya tarada, débil, frágil; exhausta antes de iniciar siquiera a caminar. El dato alarmante de la inestabilidad familiar en algunas áreas culturales contemporáneas y, sobre todo, que esa inestabilidad sea mayor en los primeros años del matrimonio, creo que hay que interpretarlo desde esta perspectiva: la crisis familiar es consecuencia de un empobrecimiento en la relación hombre-mujer. Es, en definitiva, el

resultado de una indigencia en el modo como el ser humano entiende y vive el amor. Lo que se ha hecho leve y friable no es la institución familiar sino el ser humano mismo. Y su levedad pasa a todo lo que toca; en primer lugar a su misma capacidad de amar

La primera ecología del amor humano podría ser hoy la de recordar al hombre y a la mujer que son superiores a la mayor parte de las hipótesis antropológicas que hoy se les ofrecen; que tienen capacidades superiores a las que ellos mismos suponen, y que son capaces de fundar una relación mutua sobre bases mucho más sólidas que las que proporciona la sensibilidad y la inestabilidad de los sentimientos y avatares de la impresión. Una espléndida contribución a esa ecología del amor la está desarrollando desde hace veinte años Juan Pablo II. En Octubre del 96, en Río de Janeiro, lo expresaba con particular vigor y actualidad: “No es verdad que los cónyuges, como si fueran esclavos condenados a su misma fragilidad, no puedan ser fieles

al don total de sí hasta la muerte. ¡No es verdad!” (Homilía, Río de Janeiro, Octubre 1996).

Parece evidente que el tema de la fidelidad conyugal no es sólo un problema institucional familiar sino - sobre todo - un tema de carácter personal y humano. Lo que en la infidelidad se cuestiona no es el valor de la otra persona sino la respuesta que se da a ese valor. Aunque los problemas de la infidelidad se presentan a menudo como una pérdida del valor del otro, en realidad son más bien una languidez en la determinación con que se aceptó al otro en el propio proyecto vida. La fidelidad, en definitiva, no es un tema del otro sino un problema mío.

Los temas de la fidelidad tienen siempre que ver con el misterio de la persona. Mientras el amor nace de la fascinación por el bien que una persona es, el amor dura en la convicción de que aquel bien es inagotable y que, mientras existe, su misterio estará enriqueciendo mi yo, dándole sentido y dirección, acompañándolo en el itine-

**S E G M E N T O**

# SEGMENTO

rario que el yo y el tu recorren en la unión del nosotros.

¿Quién puede garantizarme la duración de mi amor? Ciertamente no encuentro en mi esa garantía. Sólo la puedo encontrar en el bien del tu, en la riqueza inagotable de la persona que para mi es mi Tu. Y es en aquella riqueza en donde encuentra alimento la voluntad humana de amar.

Vimos ya antes que la pura contemplación de una persona es un acto pasivo que no es amor hasta que se responda al bien que otra persona es con la voluntad de amar. Y es esa misma voluntad lo que está en la base de la fidelidad. La relación de amor entre hombre y mujer empieza cuando se decide reconocer el bien que otra persona es. La fidelidad es el reiterado reconocimiento en el tiempo del valor del Tu. Es afirmar una y otra vez “es bueno que tu existas”, o mejor aún, “es bueno que tu existas conmigo”.

Es abundante - y no siempre adecuada - la literatura sobre las “noches en el amor humano”. Su error más común es medir la profundidad de esa noche por su oscuridad y no por su significado. Lo que sobre todo se ve en ellas es el vacío que el amor descubre: una pobreza en mi, antes desconocida, cuando el nosotros pierde brillo y se ensombrece, o cuando de hecho el nosotros no significa ya nada porque el Yo y el Tu parecen desoyuntados del proyecto común: como orbitando en trayectorias distintas.

Aún entonces, el mensaje de ese vacío puede ser elocuente. Puede significar que el amor está siendo asediado por el narcisismo: en vez de convivir con otro se ha pretendido dominarlo, modelarlo según mi deseo. En vez de respetar a la persona se desearía po-

seerla. Pero al poseerla la reduzco a cosa y una cosa no es ya amable puesto que una cosa no puede responder, amándose, a mi interés por ella. En vez de dejarme medir por el otro, impongo al otro mi medida. En vez de dar entrada al Tu en mi proyecto de vida y dejarme modificar por él, quise imponer a él mi proyecto vital. En vez de decir “es bueno que tu existas” se piensa “es bueno que tu existas como yo quiero que tu seas”. Del otro se desearía no que fuera un Tu, sino un apéndice de mi; una sombra mía proyectada por mi; un objeto del egoísmo; una “cosa” para utilizar y no una persona para amar. Quizá no siempre pero, a menudo, el sentido de las “noches en el amor humano” es avisar que en el horizonte acecha un narcisismo infecundo: una forma de amor homosexual que no se interesa ya en el Tu porque en definitiva es sólo una prolongación de mi mismo.

## I

Cuatro falsas perspectivas del amor que empobrecen la relación hombre-mujer: un amor que no supera el utilitarismo; un amor que no acepta la transformación de la propia vida; un amor que no se decide a amar; un amor que acepta como presupuesto necesario la infidelidad. ¿Qué queda de un amor así? ¿Qué se puede fundar sobre un amor así?

Lo que hasta aquí se ha dicho se ha mantenido deliberadamente en un plano antropológico y no moral. Y esto porque las raíces de la relación hombre-mujer se nutren de la esencia más profunda del ser humano. Interrogarse sobre el amor entre hombre y mujer es ir a la naturaleza humana y descubrir allí qué dice la naturaleza

humana sobre el amor y sobre la relación familiar que se funda en él. Se descubre así que la relación familiar no es una construcción cultural infinitamente maleable sin más fundamento que la costumbre o cualquier estructura económica. No es algo que cambiaría continuamente disolviéndose, en el río de la historia, con los cambios de sus inestables fundamentos. Si esto fuera así, la historia sería un tirano y el ser humano su esclavo. El ser humano podría sólo desprenderse a sí mismo y sufrir pasivamente el destino que tan cruelmente lo humilla obligándole a aceptar que su deseo de donación es sólo una desatinada quimera.

Por eso, en el fondo, el tema del amor humano no es separable de la eterna pregunta humana: ¿Quién soy? Y esta pregunta es la puerta que conduce a otra: ¿Quién es Dios? ¿Qué tengo que ver con Dios? ¿Qué dice Dios de mi relación con otra persona?

Quizá nuestra reflexión sobre el amor podría comenzar precisamente ahora cuando debemos terminar. Porque con la referencia a Dios introducimos una perspectiva nueva que incluye también la perspectiva moral. Digamos al menos una cosa: el deber ser reflejado en la moral ilumina y sostiene a la verdad de la persona humana: del hombre y de la mujer. El deber moral no es una fórmula “externa” a la familia para construirla según un modelo “inventado” en un momento de la historia humana. Es por, el contrario, la expresión más profunda del ser puesto que es manifestación de aquello que se debe ser. La oposición entre naturaleza y moral es falsa: el deber ser es recordar al hombre lo que es alejando de su horizonte aquella parte de él que no lo deja ser. □